

XIV Encuentro Anual de ACDE

**“ARGENTINA:
NUESTROS DESAFÍOS PARA UN PROGRESO SOSTENIBLE”**

Jueves 23 de Junio de 2011 – Marriott Plaza Hotel Buenos Aires

Panel **El progreso desde una perspectiva global**

José María Simone

Buenos días. El objetivo de esta charla es el progreso desde una perspectiva global y tenemos la suerte y el honor de tener a Michel Camdessus para que nos haga sus comentarios.

Michel ha tenido la amabilidad de participar varias veces en ACDE en los últimos años. Solo a manera de recuerdo voy a leer algunas partes de su currículum.

Realizó sus estudios en la Universidad de París, y se graduó en economía en el Instituto de Estudios Políticos de París y en la Escuela Nacional de Administración.

Tras su nombramiento como administrador civil en la Administración Pública de Francia, ingresó en la Dirección del Tesoro del Ministerio de Hacienda y Asuntos Económicos en 1960.

Presidió el Club de París de 1978 a 1984, y el Comité Monetario de la Comunidad Económica Europea de diciembre de 1982 a diciembre de 1984.

En noviembre de 1984 fue nombrado gobernador del Banco de Francia, cargo que ocupó hasta su nombramiento como director gerente del FMI.

Asumió el cargo de director gerente y presidente del Directorio Ejecutivo del Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1987 y, tras ser reelegido por unanimidad por tres veces, se desempeñó hasta el año 2000 en ese cargo.

Pero, después del año 2000, ha tenido una actividad importante e interesante, que voy a resumirles:

Él ha sido responsable de controlar las remuneraciones de los seis principales bancos de Francia. Fue presidente de la Société de Financement de l'Économie Française en los años 2008 y 2009. Miembro del Africa Progress Panel presidido por Tony Blair, con quien publicó en el año 2005 un informe llamado *Nuestro interés común*.

Fue presidente del grupo de expertos independientes que publicaron en 2004 un informe titulado *El despegue. Hacia un nuevo crecimiento para la economía francesa*. Y también ha sido presidente del Panel Mundial para el Financiamiento de Infraestructura del Agua del Tercer Congreso Mundial del Agua, realizado en marzo de 2003 en Kyoto.

Actualmente se desempeña como presidente del Comité de Orientación y Seguimiento del Empleo de Fondos del Fondo de Cohesión Social.

Gracias, Michel, por estar aquí.

Michel Camdessus

Buenos días, señores y señoras, señor presidente, señor moderador, amigos todos. Es para mí un gran honor, cuando ustedes podrían estar algo hartos de verme, que me hayan invitado nuevamente a compartir mis reflexiones con ustedes pero esta vez como gente de a pie, sin ninguna responsabilidad en el ámbito internacional, con excepción de algunas cositas que vos mencionaste; simplemente observando al mundo desde el punto de vista de mi fe y de la experiencia que pude haber adquirido en mis tiempos de andanza por el mundo, incluso en su querida patria. Siguiendo confiando en la capacidad que tienen los argentinos de construir, para sus hijos, un mañana mejor. Sí; les sigo acompañando en su empeño por construir un mañana mejor,

y al mismo tiempo porque los dos empeños no pueden separarse: un mundo más feliz para el hombre, universalmente, a todos nos toca, y a los argentinos de manera particular pues son ustedes miembros del G-20, como a nosotros sus primos europeos, dar pasos adelante hacia una globalización al servicio de la persona y enfrentar una deuda pendiente que los últimos decenios y la crisis dejaron tras sí.

He sido algo imprudente en mencionar la palabra deuda en este país, puesto que tuve que comentar este tema en muchas oportunidades en mis visitas de los años 80 y 90. Pero tranquilícense. No aludo a la deuda aquella, que era nuestro rompecabezas en esas ocasiones, sino a otras dos deudas pendientes. La primera, la que tienen todos los países del mundo, sobre todo los del G-20 con los más desafortunados y las generaciones que vienen. Y también esta deuda que una empresa con responsabilidad social tiene con todos sus *stakeholders* y desde luego para con sus trabajadores.

El concepto de deuda

Pero más que nada me gustaría usar este concepto de deuda en su forma más radical. Me refiero, puesto que se acaba de hablar de Juan Pablo II, a una frase de la *Centesimus agnus*, que me dio mucho que pensar. Esa frase es la siguiente: “Aun antes de la lógica de intercambio entre iguales y de las formas de justicia que los rige, existe algo que es debido al hombre porque es hombre, en virtud de su eminente dignidad”. Me llamó enormemente la atención esta frase y seguramente voy a aludir varias veces a ella durante los minutos que me quedan.

Para su país, como para el mío, para cualquier país del mundo, no puede haber progreso sostenible si no se cumple con esta deuda. Este debe de ser particularmente, para nosotros cristianos y hombres de fe en general, nuestro compromiso. Pero, para identificar el contenido verdadero de este compromiso en este segundo decenio del siglo, me parece muy importante identificar los formidables cambios que, debido en parte a evoluciones de largo

plazo y por otra parte a la crisis que estalló en los mercados mundiales en agosto de 2007, han ocurrido en nuestro entorno dándole un protagonismo mayor al empresario. De aquí las dos preguntas a las cuales deberíamos tratar de responder: 1) ¿Cuáles son estos cambios? y 2) ¿Cómo, siendo empresario, encarar el desafío de un progreso sostenible en este mundo de la poscrisis y con vista no solo a un crecimiento cuantitativo inmediato sino a un desarrollo integral y sostenible?

Uno, pues, en qué estado salimos de la crisis. Lo recuerdan; en 2007 estalla la crisis, no cualquier crisis por cierto. Habíamos conocido muchas crisis en la globalización, en los decenios finales del siglo pasado hubo muchas y la Argentina sufrió cada una de ellas, pero esta, es más, es diferente. Es la primera crisis *de* la globalización, no *dentro de* la globalización. Y nos deja con consecuencias de inmenso alcance. Unas cuantas sobre las cuales voy a pasar rápido porque veo que este reloj adelanta a una velocidad increíble. Un mundo estropeado, un nuevo equilibrio geopolítico, pero, mucho más importante para mí, carencias mortíferas por enfrentar.

El mundo posterior a la crisis

Heredamos un mundo profundamente estropeado tras la crisis, lo sabemos, ha sufrido el sistema financiero de manera dramática, el desempleo ha crecido, las finanzas públicas se han destrozado en muchos países o han sido seriamente heridas, inclusive en mi propio país. Todo eso lo saben bien, así que no insisto. Lo que me parece importante en particular para su país es que —y esto viene de lejos, no viene de la crisis pero posiblemente ha sido acelerado por la crisis— este mundo es un mundo en el cual la distribución del poder está siendo modificada, y, desde luego, de manera positiva en varios aspectos. La emergencia; son ustedes emergentes en el lenguaje internacional. Esto es historia con *H* mayúscula. Michael Spence, quien recientemente obtuvo el Nobel, nos dice que solo hubo dos veces en toda la historia de la humanidad

un evento como este: una vez en el 1700, cuando la Revolución Industrial vino a interrumpir el curso sin grandes cambios de siglos anteriores.

Acontecimiento de magnitud histórica

Ahora vivimos otro acontecimiento de similar corte histórico; de repente han empezado a crecer a tasas de alrededor de un 7 % anual y algunos de ellos, los más poblados del planeta, alcanzando tasas del 10 %, y por tanto todos esos países están reduciendo muy rápidamente la brecha que los separaba de los países que se decían antes avanzados, y empezando a dejar por detrás países avanzados uno tras otro, desarrollando clase media y mejorando rápidamente sus niveles de vida. Esto anuncia un desplazamiento formidable del epicentro geopolítico del mundo.

La dinámica de este cambio está inscrita en las tasas de crecimiento, que no deberían de cambiar significativamente en los próximos años: 2,5 o 2,7 % para los ex avanzados, y alrededor de 7 % para los países emergentes y en desarrollo. Si miramos con cuidado, desde luego, hacia un horizonte más lejano sospechamos que habrá altibajos, y a veces pasos atrás. En los países emergentes, incluso en China, hay enormes desafíos por enfrentar. Pero se puede esperar —estos son números del Banco Mundial, para los cuales he tenido siempre un inmenso respeto— que cerca del 80 % del crecimiento mundial de aquí al 2050 resultará del desarrollo de los países emergentes.

Todo esto nos sugiere dos conclusiones importantísimas, entre muchas otras. La primera es que el sistema monetario y financiero del futuro deberá renovarse suficientemente para que los países emergentes se sientan reconocidos por lo que son hoy y serán mañana. Ir pasando de una dominación casi exclusiva del dólar a un sistema multipolar y multimoneda. Segundo, más importante posiblemente, es que estos países emergentes, incluso el suyo, se encuentran ahora más y más bajo la obligación moral de tomar en cuenta en sus decisiones de gobierno como de empresas y personas esta relación de universalidad que se subrayaba en la *Sollicitudo rei socialis* y que existe “entre

el comportamiento de los más avanzados y la miseria y el subdesarrollo y la miseria de millones de hombres”.

Responsabilidad compartida

Esto significa que ahora los países emergentes y especialmente los miembros del G-20 comparten la responsabilidad con los países avanzados del progreso global. No pueden contentarse con mejorar las cosas para sí mismos.

Hay un tercer cambio muy importante. La crisis ha puesto en evidencia carencias que no habíamos identificado en toda su perversidad. Nos ha hechos descubrir que el mundo globalizado tenía en algunas de sus dinámicas los fermentos de su autodestrucción. Habiendo consagrado algún tiempo a tratar de identificar el origen de esta crisis, que casi pudo acabar con todo el sistema, un sistema que parecía funcionar no tan mal, se me impuso la siguiente idea. El neoliberalismo imperante se acompañaba de gravísimas carencias en sus instituciones y en sus regulaciones financieras porque no quería regulaciones y porque sobraban, a sus ojos, instituciones. Les podría contar anécdotas.

Margaret Thatcher

Cuando fui a ver a la señora Thatcher, para tratar de convencerla de que para la deuda de países en desarrollo de América latina no bastaba el *rescheduling*, sino que había que introducir *reductions* (a lo mejor alguno de ustedes recuerda esta dialéctica del *rescheduling* y la *reduction*). Ella me dijo que nunca teníamos que sugerir reglas o comportamiento ni soluciones a los bancos. El mercado proveería para ellos y resolverían: “Cállese”. No nos callamos, pero este era el ambiente. Y este deseo de autosuficiencia, de confianza ilimitada en los mecanismos de mercado, ahora sabemos lo que costó y el G-20 ha identificado todo esto y trata, no sin dificultades, de colmar esas carencias de regulaciones y de las instituciones.

Pero también hay otra carencia, aún más mortífera. Es la carencia ética. Les sugiero detenernos un minuto en ella. Está hecha de avidez individual y colectiva, de nuestra pretensión a una autonomía y a una autosuficiencia absoluta de esta primacía que le damos al tener, al poseer sobre el ser. En un universo que excluía toda regulación financiera, esto nos llevó a una “exuberancia irracional” —ustedes recuerdan estas palabras, son de Greenspan en el '96— que nos llevó poco a poco a un formidable desajuste hecho tanto de errores técnicos como de faltas morales gravísimas. Todos los momentos clave de la crisis encuentran esta mezcla de errores técnicos y de faltas éticas. Si tuviésemos tiempo lo podría explicar más.

La seducción del dinero

El hecho de que nuestro mundo se haya instalado de tal manera en esa exuberancia e inmoralidad colectiva; el hecho de que ninguna resistencia suficientemente fuerte en nuestras sociedades se haya organizado; el hecho de que dirigentes responsables y honestos se hayan dejado adormecer en este desliz generalizado; todo esto sigue siendo para mí, que estuve muy cerca y muchas veces fui actor de estos eventos, una pregunta a la cual he tratado cien veces de responder. ¿Cómo fue esto posible?

Pues solo me lo explico pensando en que estos comportamientos debían estar como arraigados en una cultura colectiva en la cual la seducción del dinero era tal que producía ceguera de todos y desarmara toda vigilancia. Reconozcámoslo; este era el contexto que prevalecía a pesar de muchas protestas, incluso nuestras, cuando era un mundo en el cual todo se hacía mercancía. Muchos expresaban su malestar, pero, es cierto, desde los años '60-'70, e incluso después de los '70 cuando el neoliberalismo se hace más dominante, los países avanzados, a los cuales más y más se juntaban los países emergentes, han dejado instaurarse una cultura del ganar más para consumir más que se había hecho razón de ser, si no exclusiva, al menos dominante. El hombre se había degradado a su función exclusivamente

económica, el consumo se había hecho destino, el sentido se extinguía en nuestras vidas. La codicia, *greed*, para usar la palabra del presidente Obama, de manera subrepticia se hacía políticamente correcta, se apoderaba de nuestra cultura y todos, de alguna manera, hemos empezado a adorar el becerro de oro. Nos hemos sometido todos, más o menos conscientemente, a esta cultura en la cual nuestros países se habían dejado sumergir.

Un vacío ético

Es difícil darnos cuenta y medir cuánto la cultura ambiente nos tiene agarrados. “Ella tiene garras”, decía Kafka en su *Diario*. Nos controla, nos subyuga. Y es así que se ha constituido este mantillo fértil para todos los abusos del mundo financiero y de otros mundos, desde luego, hasta su desmoronamiento, que vivimos en el año 2008. Un modelo de avaricia generalizada, un modelo de autosuficiencia y de autocomplacencia en muchas ocasiones, excluyendo toda ética del marco financiero, ha acabado en el vacío ético en el cual la economía mundial se ha casi hundido.

Esto lo escribí en el 2008, en tiempos en que vivíamos este desastre. Desde luego, en este momento en que ya estamos saliendo lo vemos con algo más de distancia y comprendería que ustedes piensen que estoy exagerando, que piensen que no es para tanto y que deberíamos regresar inmediatamente al *business as usual*. Les digo que esto me parecería un suicidio.

Me parece que ante las ruinas dejadas por una cultura y un sistema económico que solo consideraba al hombre como un ser económico, solo habrá salida sostenible de la crisis si se logra generar una economía centrada en la persona humana y no en la maximización de las ganancias inmediatas. Esto no es asignatura facultativa.

Necesidad de un nuevo paradigma económico

Es obligación en que estamos todos de desarrollar un nuevo paradigma económico cuyo centro sea la persona humana, contribuir a generar un sistema que garantice el crecimiento con sustentabilidad y, posiblemente sobre todo, formar una generación nueva de dirigentes de empresa profundamente conscientes de su responsabilidad social. Este es el cambio necesario de no ser que nos resignemos a que las mismas causas vengan muy pronto a crear los mismos efectos.

Bueno. Segunda pregunta: ¿Cómo contribuir a este cambio tan profundo? Para ello, por cierto, hay un papel de los Estados en el desempeño de sus responsabilidades, globales y domésticas. El Estado puede asumir de manera mucho más decidida sus responsabilidades internacionales para contribuir a la reforma de las instituciones mundiales, para buscar una nueva gobernanza global y en apoyo de las estrategias que allí se vayan decidiendo. Pensando a la agenda inmediata del G-20 aludo aquí a la reforma del sistema monetario internacional, tema que es, este año, el tema del G-20. Y hay muchos otros temas para ir resolviendo las carencias institucionales del mundo financiero, las cuales tanto hemos sufrido.

Viniendo a las tareas domésticas de los Estados tengo que introducir aquí una nota de precaución. En la mayoría de los países avanzados, y en muchos países emergentes un acontecimiento de la mayor importancia ha ocurrido. Los Estados acaban de perder gran parte de su capacidad de iniciativa. Aquí estamos enfrentando un cambio a veces difícil de reconocer. Pero, debido a su endeudamiento, al desgaste de las finanzas públicas, debido a esta crisis y a veces a excesivos despilfarros anteriores, el Estado en muchos países, al menos por cinco o diez años y después ya no se sabe, ha perdido el monopolio de la iniciativa del progreso social. Su acción no podrá sino ser modesta y concentrarse, lo que no es poca cosa, en una mejora profunda de la distribución, limitándose en un espíritu de subsidiaridad a lo que él solo puede hacer especialmente, que es el apoyo a los más desafortunados en la sociedad.

Instituciones respetables y respetadas

El Estado, desde luego, aunque empobrecido, puede hacer mucho para que el desarrollo económico del país sea sostenible e integrador, y de esta forma contribuir con el fin de un mañana mejor para todos. Y aquí me refiero a temas que ACDE ha ido debatiendo y sugiriendo desde hace años y que están reflejándose en sus *position papers* para este encuentro. Por ejemplo la necesidad de instituciones respetadas y respetables, que ofrezcan transparencia y que garanticen a los ciudadanos una convivencia pacífica en el marco de las leyes, y la construcción de liderazgos en los distintos ámbitos en la vida de la nación; necesidades estas indispensables para que cada empresa pueda desempeñar su propio papel y para que el desarrollo del país se haga más sostenible. Y necesidades hechas aún más imprescindibles por el nuevo marco de competencia y cooperación del G-20. Lo mismo podría decir de la necesidad de establecer continuidad y previsibilidad de políticas, transparencia, eficiencia y profesionalismos de organismos reguladores, la disponibilidad a rendir cuentas, y a esto se ha de añadir, desde luego, un espíritu abierto y cooperativo en las relaciones con el sector privado, alentando su iniciativa y sus inversiones, que son clave de la prosperidad de mediano y largo plazo. Papel del Estado; aquí y en tantos otros países.

Función de la empresa

Pero detrás de todo esto está el papel, que se ha vuelto primordial, de la empresa. Aquí también entramos en una época nueva. Lo que acabo de decir negativamente del Estado debe decirse positivamente de la empresa. Esto me parece un signo positivo de estos tiempos: ella se está transformando en uno de los más importantes agentes del cambio social de nuestros países. A mí parecer el más importante. Para este progreso, son los empresarios quienes hoy día deben estar en el *driving seat*. Y esto me parece conforme, además, al principio de subsidiaridad que según la Doctrina Social cristiana debe gobernar

a nuestras sociedades. A ustedes, empresarios y dirigentes, les toca encabezar un cambio hacia la humanización de la empresa y hacia una sociedad reconstruida en torno a la búsqueda del bien común. Ante las ruinas de una cultura y un sistema económico que solo consideraba al hombre como un ser económico, únicamente habrá salida, lo repito, si logramos construir una sociedad digna del hombre integral. Es tarea inmensa para la cual estáis en primera línea.

La visión cristiana

Es aquí donde los empresarios cristianos en particular tienen algo que decir. Tienen, me parece, en muchas ocasiones que alzar la voz en medio de las dudas de todos, y a veces algo que cambiar en sus propias visiones. Y todo esto no es tan nuevo. Se refiere a este concepto de la responsabilidad social empresarial, sobre la cual ya habéis meditado mucho. Este concepto, desgraciadamente, no se ha vuelto de moda a pesar de los ejemplos inspiradores de muchas empresas. Es esencial darle un nuevo impulso, poniendo en relieve lo que nuestra visión cristiana le debe añadir. Los que teorizan la responsabilidad social de la empresa hablan de las “tres p”: *Profit, Planet, People*. Me parece que a una visión cristiana del mundo hay que añadir una cuarta p: *Persona*; y su eminente dignidad.

Veo que corre el reloj. Les sugiero leer nuevamente unos cuantos párrafos, magníficos, de la última encíclica de Benedicto XVI, la *Caritas en veritate*, donde hay cosas impresionantes, incluso esta definición de los “efectos beneficiosos en el plano económico de la ética; pero no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona”. Eso la crisis lo ilustra de manera obvia. Somos testigos del fracaso de una economía que pretendía librarse de toda ética y veía en las ganancias inmediatas el único objetivo respetable de la actividad económica. El papa nos dice exactamente lo contrario: que una empresa, finalmente, y una economía inspirada y motivada para servir al hombre como un fin en sí mismo son, incluso desde la

perspectiva de la eficiencia económica, esenciales puesto que también contribuyen a generar mayor valor agregado en comparación al as que están solamente guiadas por los intereses financieros de unos pocos.

Dos condiciones importantes

El Santo Padre añade muchas cosas, pero habla en cierto lugar de dos condiciones importantes para que esto funcione. Uno, necesidad de formas internas de solidaridad y de confianza recíproca. Si no las hay, el mercado no puede cumplir propiamente su función económica. Hablaba en medio de la crisis y decía: “hoy precisamente esta confianza ha fallado”. Y ustedes saben mucho mejor que yo si esta confianza existe o no suficientemente en su propia economía. Pero añade el papa, y luego vendrán cosas menos teológicas, una cosa que mí me ha llamado mucho la atención y que ha generado mucha controversia entre los empresarios cristianos de mi país. Añade que en las condiciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don como expresión de fraternidad pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria. Esto es una exigencia del hombre pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo.

La gratuidad como valor

Estas son palabras de gran alcance; no nos podemos contentar con solo la santidad de los contratos. Un cristiano, al menos, no puede ignorar esta obligación de introducir gratuidad en las relaciones, inclusive de mercado, siendo la gratuidad algo del ser mismo de Dios, que es don. Un Dios quien nos ha hecho y nos quiere, en las ambivalencias del mercado, a su imagen. Palabras que nos indican hasta dónde debería de ir la renovación nuestro ser al mercado.

Bueno, pienso que en ACDE como en la UNIAPAC, esta meditación sobre nuestro involucramiento en la economía debe aproximarse. Esto parece muy utópico. Pues no lo es; finalmente, conociendo a muchos de ustedes, sé y veo que estos principios ya inspiran su actuación, y admiro realmente el esfuerzo que ponen y su entusiasmo al adoptar tales objetivos a pesar del ambiente utilitarista en el que vivimos. Esto es difícil. La responsabilidad social de la Iglesia no es *Win Game* necesariamente. Serán muchas las tensiones y las contradicciones que habrá que enfrentar al menos a corto plazo, incluso la competencia de empresas que se niegan a tales compromisos y tal vez puedan presumir de resultados inmediatos más brillantes. Y también habrá un deber, para muchos empresarios, de no solo mirar cómo su propia empresa navega en estas aguas peligrosas, sino también a alzar su voz con otros, para que todos estos valores, estos principios necesarios a la vida de la empresa y, que lo son también para la vida de la sociedad política, vayan afianzándose en nuestros países.

No es tarea imposible

Bueno, tendría que concluir. Me parece que, desde luego todo esto ustedes lo están meditando, lo están viviendo, y seguramente después de esta jornada lo vivirán aún más, en estrecho vínculo con la sociedad civil, que necesita tal actitud por parte de las empresas, y sobre todo sin perder su visión empresarial, su tarea y su misión primera. Esto no será un *bed of roses*, pero es el tipo de actitud a la que se nos llama, la cual es cada vez más necesaria en este mundo de la poscrisis, que tiene que poco a poco reconstruirse en su cultura; y no se cambia de cultura de la noche a la mañana, es esfuerzo de todos los días, en el cual el esfuerzo para formar empresarios que mañana lleven en su mente y corazón esos principios será una de las tareas más importantes.

Esta, amigos, es su tarea, es nuestra tarea. Imposible tarea, por cierto, si no fuera por el don de Dios, quien nos hace, llamándonos como amigos, a trabajar codo a codo con él para construir una civilización de la fraternidad. Muchas gracias.

José María Simone

Hemos recibido preguntas, y voy a comenzar a formularlas. La primera: En nuestro país las crisis económicas del año 2002 y del 2008 han debilitado la confianza de los valores de la democracia republicana: la división de poderes, la competencia, rotación, etc. ¿Percibes el mismo riesgo o fenómeno en los países avanzados?

Michel Camdessus

Sí, por cierto. Y todo esto viene de muy lejos. No viene solo de la crisis de 2002 o de 2007, pero viene de toda esta cultura, usando la palabra fácil, “neoliberal” que iba desarrollándose desde el momento que el pensamiento de Friedman, Hayek y otros ha ido dominando poco a poco la mente de los que dominaban el mundo y ha ido poco a poco penetrando la mentalidad colectiva. Hay muchas especificidades argentinas, desde luego, y ustedes las conocen mejor que yo, pero no están solos, desgraciadamente en este necesario combate para cambiar la cultura colectiva.

José María Simone

¿De qué manera crees que los jóvenes pueden hoy en día progresar económicamente y además mejorar el mundo?

Michel Camdessus

Es una pregunta magnífica. Entran ellos en un mundo muy difícil. No les hemos preparado un mundo de herederos. El mundo al que entran es un mundo que van a tener que construir. Y tienen para ello el entusiasmo, el vigor suficiente. Pero debemos hacer un enorme esfuerzo para ayudarlos a formarse para ello. Nos cuesta mucho a nosotros pensar que no se va a retornar al *business as usual*. Este mundo será mucho más difícil, habrá mucha competencia, competencia dura que requerirá de todos más eficiencia. Y al mismo tiempo, porque el mundo se hace uno, será un mundo en el cual nadie podrá escapar de la responsabilidad del “todo ante todo”, como decía Dostoievski, y que el papa, sin saberlo, utilizó esas mismas palabras en una de estas encíclicas. Entran en este mundo. Será mucho más que nosotros, y deberán ser ciudadanos de este mundo y saber que no puede uno prosperar tranquilamente en su tierra, bendita como es su propio país, con tantos dones de la naturaleza y del cielo... no, se les debe ayudar a comprender ese nuevo mundo, y a ser actores globales. Pero esta es una tarea magnífica y no tengo ninguna razón para dudar de que puedan hacerlo.

José María Simone

Sabemos qué es el capital financiero, el capital intelectual y el capital social. ¿Existe una definición de capital cultural? ¿Cuál podría ser?

Michel Camdessus

No la tengo a esta definición. Pero la descubro cuando trato de entender lo que pasó. Cuando veo que finalmente el mundo económico había perdido el sentido de lo que es el hombre, y había perdido la visión de lo que es la

sostenibilidad de una economía. Y lo que me parece imprescindible, aunque no pueda definir a ese patrimonio cultural, es hacer que una visión del hombre con toda su riqueza, con todas sus capacidades esté siempre presente a nuestro actuar económico. Me parece muy importante lo que se dice en este párrafo 34 de la *Centesimus annus*: “Un deber para el hombre es ser hombre con su eminente dignidad”. Y después de esto el papa da detalles de cómo se debe interpretar esta palabra. Y uno de los temas más importantes es hacer que cada hombre pueda ser actor de la economía, pueda ser creador en la economía, cualquiera sea su responsabilidad. Me parece que esto se ha de difundir para que el desarrollo económico sea realmente el del hombre integral, que se crea con condiciones no solo para sobrevivir, sino para que cada uno pueda desempeñar un papel creador en el mundo. Esto es la cultura que nos debe habitar, y a partir de esto estamos a partir de una definición del *bien común*. El *bien común* no es el interés general, lo que los parlamentos votan en mayoría, sino que es la suma de todas esas condiciones que hagan que cada hombre pueda ser actor y responsable de su vida y de la de los otros. Esta es la cultura que debemos difundir, y explicar que fuera de esto estamos en un terreno resbaladizo.

José María Simone

¿Cree usted que el funcionamiento de las instituciones internacionales está reflejando el cambio socioeconómico que está sucediendo en el mundo?

Michel Camdessus

No. No lo creo. Precisamente este año el G-20 tiene una tarea muy importante, difícil y que no conseguirá cumplir en este año. Y si puedo, voy a contarles, en un minuto, una anécdota algo personal. Cuando vimos, con unos cuantos amigos veteranos del sistema, entre ellos Paul Volcker, algunos

antiguos directores del Banco de Basilea, otro compañero director del FMI, nos dijimos: “Está muy bien, quieren reformar al sistema monetario internacional, pero cuidado: lo quieren hacer en un año y esto va a acabar probablemente en noviembre próximo con un comunicado eufórico diciendo que lo han revisado todo, que todo está bajo control, que confíen en el G-20 y pasemos al capítulo siguiente”. Esto sería una ocasión perdida gravísima. Ya que hemos decidido unos cuantos (éramos 18 amigos sin ningún mandato) trabajar durante 4 meses para ver cómo se podrían resolver todos esos temas sobre los cuales nosotros mismos habíamos combatido, los unos contra los otros, y habíamos fracasado. Sabiendo que este mundo nuevo requiere de una nueva gobernanza mundial basada en el principio de la autoridad universal, a la que llamaba el papa Juan XXIII, pero que incluya una reforma profunda del sistema monetario internacional. Y hemos conseguido ponernos de acuerdo sobre 18 temas, que resumimos en un papel que se llama la *Iniciativa del Palais Royal*. Estos principios son imprescindibles, les voy a mencionar algunos. Uno, por ejemplo: hay un vicio profundo en la manera en que el Fondo Monetario, desgraciadamente y a pesar de tantísimos esfuerzos, ejerce la vigilancia de las economías. Es muy eficiente cuando los países son pobres y necesitan su financiación o están en grandes dificultades; se sabe algo de esto aquí. Pero es muy ineficiente cuando se trata de países sin necesidad de financiación externa. Lo que hay que hacer es exactamente al revés: concentrar la atención del fondo, sin despreciar a los más débiles, sobre los que tienen una influencia sistémica, y a ellos tratar de convencerlos con incentivos y sanciones (*sticks and carrots*) a obedecer lo que es el bien común mundial y lo que implica de cada uno de ellos.

Otro elemento, que tiene cierto interés me parece para la Argentina: se requiere, siendo el mundo mucho más global, de una gobernanza más global y de legitimidad. Se ha hecho mucho y se proponen muchas cosas para que las instituciones, y el FMI en particular, sean más legítimos. Y esto implica que se les dé más espacio a los países emergentes y a los pobres allí. Pero se requiere de legitimidad aún más arriba, en el G-20. Estoy un poco intimidado de tener que decir esto en un país del G-20, pero el G-20 no es legítimo. Solo

puede mandar para 20 países y los que se le han añadido por la puerta de atrás. Pero hay 192 países en el mundo. ¿Por qué esos otros 172 países, incluso tan ejemplares como el tuyo, amigo Foxley, no están? ¿Por qué no pueden estar? ¿Por qué no pueden participar en su responsabilidad de contribuir al bien del mundo? Hay que cambiar esto. Se puede inspirar en el sistema que usan los países más grandes en *Bretton Woods*, donde no se representan solo a sí mismos sino a una circunscripción regional, un grupo de países vecinos que designan a uno para que hable en su nombre. Pero con la obligación de ese país de consultar a los otros y darles cuenta de lo que pasa. Esto se ha de hacer.

Bueno, les di esto como un ejemplo y espero que la Argentina en el G-20 vaya a militar para estas cosas. Le he enviado respetuosamente este informe a su presidenta, a su ministro de Hacienda y a su presidente del Banco Central. Si no logramos reformar muy profundamente el sistema iremos por nuevos problemas.

José María Simone

¿Usted cree que actualmente el mundo está caminando a mejorar lo que usted llamó la combinación entre la exuberancia, la inmoralidad y la avaricia generalizada?

Michel Camdessus

He aprendido una cosa durante mis 13 años en el FMI. Una ley económica que no sospechaba, y que les parecerá muy cínica. Es que, para reformarse, un país o el mundo requieren de crisis. Durante la crisis se reforma algo. Pasada la crisis se olvidan las reformas. Esto lo he vivido en carne propia, en particular en la crisis asiática. Empieza la crisis asiática y, como recordarán, entre los años 98 y 99 se trabaja en numerosos grupos en el mundo en la

nueva arquitectura del sistema financiero internacional... pero resolvemos la crisis bastante rápido y nos olvidamos de terminar la reforma. Vienen Enron y tantos otros y se requiere de otra crisis máxima para que se empiece de nuevo a reformar. El G-20 ha hecho un buen trabajo, queda mucho por hacer, y el desafío de hoy, y es por esto que insisto tanto en la responsabilidad de su país, es continuar reformando en un momento en el que cuanto más se avanza en los detalles más diablitos se encuentran en los detalles y en el que tanta nostalgia del *business as usual* está desanimando a los reformadores en su trabajo. Pues es exactamente hoy cuando hay que poner más empeño en la tarea de reformar. Si no, la próxima crisis está a la vuelta de la esquina.

José María Simone

¿Qué opinión tienes sobre la forma en que la Unión Europea está manejando el tema de Grecia? ¿Cómo afectará esto a los más pobres?

Michel Camdessus

No estoy orgulloso, de ningún modo. Pero hay que ir un poco más por atrás. La creación de la Unión Monetaria Europea ha sido un hecho histórico sin ningún precedente. Nunca un grupo de países ha aceptado abandonar la soberanía sobre lo que es tan esencial en la vida de los pueblos como la moneda para ponerla en común. Esto lo hicieron, y sigue siendo un logro formidable. Y les digo inmediatamente que la crisis actual en Europa no es crisis del euro sino crisis de la deuda soberana. Europa hará bien o mal — espero que bien— cuando resuelva el tema de la deuda soberana en Grecia, y en algunos otros por detrás, pero me extrañaría mucho si esto viniera a derribar al sistema euro. Este sistema es ya un tercio de las reservas mundiales, hay tanto interés para todos, los más ricos y los más débiles para quedarse en ese sistema de solidaridad monetaria, que esto no va a resistir. El tema es que hay

que inventar un sistema de ayuda a los países más endeudados de modo que no se produzcan crisis en dominó, porque eso podría derivar en una crisis europea máxima, e inclusive en una crisis mundial. Porque todos los bancos mundiales han prestado a los países europeos, y más y más cuanto se hacen más ricos en la gradación de países. O sea que el problema, y esto se está viviendo ahora muy dolorosamente, con muchas dificultades porque el Estado-Nación sobrevive a la moneda nacional, es cómo ayudar a una forma de reorganización de la deuda griega involucrando a los bancos privados pero de manera lo suficientemente voluntaria para que las cosas se vayan haciendo, como dirían los rusos en tiempos soviéticos, de manera civilizada.

El tema es muy difícil, porque hay crecimiento flojo; se soñó durante un tiempo con que se podría arrastrar la bola de nieve hasta que llegara un momento de crecimiento como para derretirla, pero no parece muy realista. Habrá que ir inventando fórmulas aún más explícitas de ayuda a la reorganización de deudas. Ojalá se haga, pero es muy difícil. Los programas que Grecia debe respetar por haberse mentido a ella misma y haber mentido al mundo, con la ayuda de grandes instituciones privadas mundiales... esta situación de falta de transparencia ha creado una situación financiera de estos países tan mala que el problema es difícil de superar y el costo humano de estas operaciones muy pesado. Pero, pienso, tengo alguna confianza en que finalmente se podrá sobrepassar.

José María Simone

Usted mencionó las derivaciones negativas del consumo como eje de la economía por sobre la persona. ¿Dónde se traza el límite del consumo actuando como generador de desequilibrios versus el consumo en su rol de ampliar mercados, generando empleo e inclusión?

Michel Camdessus

No está escrito, este límite, ni en los libros ni en la arena. Existe, primero, este límite en nuestras conciencias individuales y de empresa. Nosotros sabemos bastante bien cuando nos dejamos ir demasiado al consumo y al despilfarro. Para las economías, y aquí entramos en un problema de control macroeconómico, hay momentos en los que hay que empujar el consumo, y muchos otros en los cuales la sabiduría de los que mandan debe decir “Cuidado, esto se nos está yendo de las manos, aquí hay que entrar con la política fiscal o la política monetaria para que el equilibrio macroeconómico se mantenga”. Haciéndolo desde luego de manera en que este esfuerzo macroeconómico no recaiga demasiado sobre aquellos a los que se debe ayudar a consumir, sino que recaiga sobre quienes podrían restringirse algo más.

José María Simone

¿Cree usted que el funcionamiento de las instituciones mundiales están acompañando los cambios socioeconómicos que están ocurriendo en el mundo?

Michel Camdessus

Es una pregunta muy similar a otra anterior. Yo pienso que las instituciones internacionales han trabajado lo mejor que podían pero tienen que cambiarse muchas cosas, hoy, para adaptarlas al mundo de hoy.

Pero déjenme insistir en una cosa que tuve que decir en este país varias veces en ocasiones pasadas. Es que estas instituciones no son el Todopoderoso, no pueden definir a partir de su sabiduría y de sus recursos, que se creen ilimitados, lo que se debería hacer. Añadamos a esto que sí

pueden recomendar cosas. Pero se les debe dar un sistema que dé más vigencia, más influencia a lo que recomiendan, y en particular a los que no necesitan su financiación. Este es el tipo de reforma que hoy se hace más y más imprescindible, en la medida en que la dimensión mundial de los problemas sobrepasan su dimensión nacional.

Hay que reformarlas. Son un activo importante del mundo. Las necesitamos, aún más que en otras circunstancias anteriores, porque el mundo se hace mundo. Fue una intuición genial de los padres fundadores en el 45 inventarlas, en un momento en que el mundo estaba muy fragmentado. Eran necesarias en ese momento, y se requería de visión para inventarlas. Hoy no se requiere de visión: es una necesidad inmediata. Sin ellas vamos a catástrofes.

José María Simone

¿Qué autocrítica hace el FMI en su relación con la Argentina?

Michel Camdessus

Qué interesante. Primero, que me permita este señor o esta señora que yo ya no soy el FMI. Desde hace mucho tiempo, desgraciadamente. Hicimos seguramente muchas tonterías, muchos errores. Pero recuerdo que aquel problema de la deuda que pesó tanto en los hombros de su país finalmente se resolvió. Costó tiempo, y añadiría sin malicia que nos costó mucho tiempo ayudar a algunos de sus dirigentes a abrir los ojos sobre lo que era la situación. Vimos también, durante esos años '90, unos episodios en los cuales el *leadership*, la iniciativa no era la del FMI; era la de su gobierno. Y en muchos momentos se hicieron las cosas bien. Y recuerden que si están ustedes ahora en el G-20, están debido al prestigio que dio su país después de que, con gran esfuerzo colectivo pero con una muy buena visión de las necesidades

financieras, se tomaron las medidas para que la Argentina recuperase su *standing* internacional. Y fue visto como un país ejemplar y que, desde luego, tenía que ocupar una silla en este grupo de países líderes del mundo. Vino la crisis asiática, vimos sus consecuencias inmediatas, se cometieron errores a pesar de las sugerencias del FMI, cuando su país no quiso sacar las consecuencias del hecho que el país que absorbía el 40 % de sus exportaciones había devaluado el 40 % su moneda. Aquello contribuyó a la crisis que explotó en 2002 y durante la cual sufrió tanto su país.

Perdónenme por esta visión tan resumida y simplificada de su historia económica, pero, como lo ven, esto ilustra el hecho de que la relación entre un país y las instituciones mundiales es un diálogo en el cual uno tiene que aprender del otro y conjuntamente tienen que ver cómo resolver los problemas sin hacer que la carga de los ajustes recaiga sobre los más pobres. En esta larga historia, ni los unos ni los otros fueron constantemente brillantes. Ojalá que los que ahora están al mando en su país y en las instituciones mundiales saquen bien las lecciones de esta muy interesante historia.

José María Simone

Te agradecemos nuevamente, Michel, que hayas estado con nosotros y nos hayas transmitido tu visión global de la evolución y hacia dónde deberíamos transitar nuestro desarrollo. Sin ninguna duda, has reforzado mucho el rol del empresario y su influencia en esta nueva etapa que el mundo tiene para poder desarrollarse. Muchísimas gracias por estar aquí.

"Versión periodística de la presentación realizada por Michel Camdessus, con la participación de José María Simone como moderador, en el XIV Encuentro Anual de ACDE celebrado el 23 de Junio de 2011 en el Marriott Plaza Hotel Buenos Aires. Esta versión es resultado de la grabación del panel, y no cuenta con la revisión de los expositores".